

Evaristo Ribera Chevremont

La dama triste

I

Cuando la tarde bella su traje lila viste,
cuando las azucenas inclinan sus corolas,
por el jardín pasea la dama hermosa y triste,
callada y pensativa, con su tristeza a solas.

Su faz es blanca, blanca, blanca como una estrella,
blanca como la luna, blanca como la aurora,
y ante blancura tanta, blancura santa y bella,
se impregna de blancura mi alma soñadora.

Sus ojos son azules, azules como el cielo,
azules como el lago y como la violeta,
y ante su azulidad, azulidad que anhelo,
de azulidad se impregnan mis sueños de poeta.

II

¿Qué ansía la dama triste? ¿por qué no la sonrisa
de sus delgados labios despliega el broche fino?
¿Por qué dice sus penas a la medrosa brisa
y al ave fugitiva de quejumbroso trino?

Espera al caballero gentil de la Esperanza,
al príncipe divino de la Quimera azul;
es que la dulce dicha su corazón no alcanza;
es que esperando pierde su bella juventud...

Ella mira los tenues fulgores del poniente
y aspira de las flores el púdico perfume,
y escucha la cantata sensible de la fuente...
¡Es como un lirio frágil que aroma y se consume!

III

La tarde se ha esfumado, como un sueño medroso
y la tranquila noche, cargada de rocío,
su pabellón extiende de sombras, majestuoso,
sobre el extenso valle y el sosegado río.

En el jardín silente, agosto, inmaculado
suspira, entre las rosas, el aura pura y leve,
y entre las sombras tristes como un fulgor alado
la señorial figura de la dama se mueve.¹¹

La flor del vago ensueño azul

I

Mientras la ruina habla su lenguaje de olvidos,
camina un caballero por apartada senda.
La santa torre mira los cielos conmovidos
y flota un raro ambiente de sueño y de leyenda.

El caballero adora la bella flor profunda,
la flor que es el suspiro del vago ensueño azul.
El caballero sueña. La tarde moribunda
sobre las almas vierte su lágrima de luz.

Sus blandos y llorosos laúdes pulsa el viento,
y la sagrada ruina nos habla del tormento
que rasga el velo rosa de la ilusión humana.

¡Ayl, soñador que buscas la excelsa flor divina...
Quizás —dice la torre—. Jamás —dice la ruina—.
Y la primer estrella respóndete: —Mañana.

¹¹ Evaristo Ribera Chevremont, «La dama triste», *El Carnaval*, año XIII, número 30, 23 de julio de 1911; p. 19.